

Los hurro-amorritas de Canaán. Una hipótesis alternativa sobre el origen de los hebreos



Bernardo Gandulla
Universidad de Buenos Aires

Resumen

En el presente artículo se realiza una investigación cuyo objetivo es dilucidar los factores concurrentes en la etnogénesis de los hebreos históricos como alternativa a la visión tradicional o conservadora que sostiene una originalidad exclusiva e incontaminada de influencias culturales exógenas y regionales. La hipótesis que se propone considera que los hebreos son la expresión final de una larga e intensa interacción cultural y mestizaje de poblaciones semítico-occidentales, anatólico-caucásicas y cananeas. La fundamentación de esta hipótesis se apoya en el análisis comparativo de la cultura material y textual de Canaán, el reino de Mari y las instituciones jurídicas hurritas, siendo algunos de los aspectos relevantes la referencia a las tribus benjaminitas y la relación existente entre la deidad amorrita *Yawi* y el Yahweh del Antiguo Testamento.

Palabras clave

*hebreos
hurro-amorritas
benjaminitas
Yahweh*

Abstract

This paper investigates two factors in the ethnogenesis of the historical Hebrews as an alternative explanation to the traditional view, which holds an exclusivist and untainted originality deprived of exogenous and regional cultural influences. Our hypothesis maintains that the Hebrews are the final expression of a long and intense cultural interaction and mixing of West-Semitic, Anatolian-Caucasian and Canaanite populations. This hypothesis is supported by the comparative analysis of material and textual culture in Canaan, the kingdom of Mari and the Hurrian juridical institutions, attending to the Benjaminite tribes and the relationship between the Amorrite deity *Yawi* and the Yahweh of the Old Testament.

Keywords

*Hebrews
Hurro-Amorites
Benjaminites
Yahweh*

Amorritas y hurritas en la Mesopotamia del III milenio a.C. Dos pueblos en acción

En los últimos siglos del III milenio a.C., más precisamente durante el reinado del sucesor de Naram-Sin, tenemos el primer testimonio histórico sobre Amurru en un relato de la victoria del rey acadio en la montaña de Basar, el Jebel Bišri, lugar de refugio de nómadas del desierto sirio. De tal forma es “en los parajes del Éufrates medio que los amorritas hacen su entrada en la Historia, en tiempos de Šarkališarri” (Kupper, 1957: 150).

Hay, además, indicios de que el desplazamiento de los semitas occidentales en toda la macrorregión –aunque especialmente hacia la Mesopotamia– tuvo lugar a partir de la segunda mitad del III milenio¹ con un punto de arranque preciso que se puede suponer en Siria noroccidental, esto es el oeste para sumerios y acadios, alcanzando lugares tan distantes como el piedemonte de los Zagros hacia el este, y el área de Tell Mozan y Tell Leilan hacia el norte, en las proximidades de Anatolia oriental.

Nos importa destacar esta expansión en razón de que la misma coincidiría con los movimientos de población de la cultura transcaucásica temprana (en adelante: ETC²), circunstancia que nos sugiere la posibilidad de un primer mestizaje de estos grupos cuya síntesis podríamos apreciar en Canaán. Esta alternativa, nada incierta, me fue proporcionada, en comunicación personal, por A. Finet³ al indicarme que los grupos que no lograron sedentarizarse se retiraron hacia el noroeste, de donde provenían. La mayor parte eran amorritas que hablaban una lengua semítica próxima al cananeo, que en su reflujo se unieron a ellos otros “expulsados” de la sedentarización, sin duda elementos hurritas (anatólico-caucásicos), también en marcha hacia el oeste.

El mestizaje entre estos dos movimientos migratorios sólo podría ser concebido a partir de la relativa coincidencia cronológica entre los desplazamientos de los semitas occidentales y los de la ETC –donde los de estos últimos se proyectan en un horizonte de 1500 años– en zonas que, como Anatolia oriental y el Alto Éufrates, también fueron escenario de las trashumancias de los semitas occidentales. De esto sería factible deducir un primer proceso de síntesis etnocultural que, por la cerámica Khirbet Kerak/Beth Yerah de Galilea, permitiría asistir a un proceso de *amorreización* de una población hurro-cananea, como parecen revelarlo datos dispersos y deformados en el Antiguo Testamento, cuestión que hemos analizado en otros estudios (Gandulla, 2005: 102-108; 2007). Respecto de los amorritas, en cambio, como señala G. Buccellati (1997), poco podemos decir en concreto porque, salvo algunas pistas textuales, casi no hay evidencia arqueológica particular que pueda ser convincentemente asociada con ellos.

Canaán en el Bronce Medio. Escenario de una síntesis cultural

En Canaán el período del Bronce Medio (2000-1500 a.C.) es una etapa clave respecto de la generación del *continuum cultural-poblacional* y este fenómeno guarda relación directa con las características de su repoblamiento tras el

1. La denominación MAR. TU con la que se identificaba a estos nómadas aparece en una tablilla de Fara (antigua Šuruppak) datada entre el 2600-2500 a.C. (cfr. Whiting, 2000: 1234).

2. *Early Transcaucasian Culture*, conocida también como Kura-Araxes.

3. Comunicación personal, 8 de julio de 1998, Ham-sur-Heure, Bélgica.

colapso urbano del Bronce Antiguo. En esta etapa el registro arqueológico ha detectado la presencia de grupos humanos exógenos a través de innovaciones en técnicas cerámicas, herramientas y armas de bronce, evidencias epigráficas, murallas de tierra, puertas de triple entrada, arquitectura monumental, jerarquías de asentamientos, etcétera, algunas de las cuales –como los sistemas defensivos– reconocen su origen en Siria y Mesopotamia, aunque ciertos desarrollos, como en las fortificaciones, no son simple imitación sino que corresponden a factores locales como el de la *interacción urbana simétrica* (Ilan, 1995). Asimismo, P. Smith (1995: 69) confirma estos movimientos de población señalando que las muestras de especímenes del Bronce Medio II B y C de Efrat, Nahal Refaim, Tel Dan, Ganei Ha Ta'arucha, Megiddo, Sas y Hazor exhiben, todas, diferencias respecto de las poblaciones más tempranas de la región en las características craneofaciales, por tanto las muestras estudiadas representan un grupo intrusivo cuyas características sugieren que fueron originarios de un clima mucho más húmedo y/o templado que el de Israel.

Las fuerzas del cambio cultural en el Bronce Medio fueron como casi siempre lo son, una compleja combinación de factores exógenos y endógenos, con diferentes aportes imponiéndose con extensión variable en diferentes momentos y en diferentes partes del país (Ilan, 1995: 297).

Esta variabilidad desigual está en directa correspondencia con el ritmo de los movimientos de poblaciones transcaucásicas y semita occidental cuya impronta sobre el medio local cananeo se objetivarán en la onomástica conservada en las cartas de El Amarna, en los paralelos con los archivos reales de Mari (en adelante: ARM) o en instituciones civiles y creencias conservadas fragmentariamente en las tradiciones orales de los hebreos históricos que hallamos, casi accidentalmente, en las narraciones de Génesis sobre las leyendas de un período patriarcal y nomádico que se presume suceder en algún momento del II milenio.

El proceso generador de síntesis cultural que se experimentará en Canaán entre el Bronce Medio y el Bronce Tardío resultaría de la interpretación combinada de la documentación textual existente con los indicios dispersos que podemos rescatar del Antiguo Testamento ejerciendo sobre este conjunto de materiales una operación hermenéutica que, aunque conjetural y audaz, no deja de ser plausible porque las fuentes a las que apelamos no parecen contradecirnos.

Además de las relaciones existentes entre las instituciones de derecho de familia hurrita con las tradiciones patriarcales en Génesis que hemos analizado en otro estudio ya publicado (Gandulla, 2005: 179-205), otra cuestión, resultante del análisis de los ARM, de interés para el tema que nos ocupa, la hallamos en el nacimiento de Benjamín, ultimogénito hijo de Jacob (Gn 35:18, 24).

Los *binū-yamina* en el origen de los *habiru*/hebreos

La crítica histórica y filológica tradicional ha cuestionado la posible relación entre los benjaminitas de Génesis con los *binū-yamina* de Mari. “Los más conservadores han negado cualquier tipo de relación (Jean, 1939: 63; Pohl,

1939: 200; de Vaux, 1946: 344; Noth, 1954: 74)” (Kupper, 1957: 81), otros, más moderados, como K. D. Schunk (1992: 671) han propuesto que la conexión es bastante incierta por la gran discrepancia geográfica y temporal entre la aparición real de la tribu de Benjamín y la descripción de su emergencia en Canaán, sin excluir la posibilidad que clanes que forman esta tribu se hayan originado fuera del país cananeo señalando que en las tradiciones de la conquista por Josué –probablemente mítica en nuestra opinión– cruzaron el Jordán procedentes del este. Sin embargo, como lo han mostrado G. Dossin (1983 [1939]) y J.-R. Kupper (1957: 47-81), la coincidencia no es ni fortuita ni formal, a lo que agregamos que a los argumentos negativos podemos oponerles una fundamentación que se apoya en la lógica del proceso social histórico.

Por cierto que de modo conjetural, pero no más que los argumentos en contrario que se han utilizado, nos proponemos sostener que la multiculturalidad que los hebreos históricos exhiben tanto en las evidencias materiales como en los testimonios de la memoria colectiva conservados en el Antiguo Testamento podrían ser explicados tomando a la dispersión de las parcialidades tribales *binū-yamina* como factor catalizador de los grupos indígenas cananeo-hurroamorrítas, agrupados en bandas de *ħabiru*,⁴ como el factor generativo de lo que entre el Bronce Tardío y el Hierro se identificará con el denominador común de hebreos. Sobre la base de este complejo proceso etnocultural es que se han entretejido recuerdos de origen diverso, tardía y teológicamente reinterpretados de modo inverso a la lógica de su desarrollo.

4. Entendemos por *ħabiru* una condición social, no un etnónimo.

En la gran familia de los semitas occidentales los *binū-yamina* constituyen un grupo de nómadas notablemente importante por su belicosidad y su vasta dispersión. Por los ARM sabemos que los hubo en Mari, Terqa y a lo largo del Éufrates. Asimismo hay testimonios de que atravesaron el Éufrates en dirección al Jebel Bišri. Incluso se instalaron en Saggartum, en el valle del Ĥabur –donde el rey Zimri-Lim de Mari les infligió una memorable derrota–, área en la que, en nuestra opinión, pudieron estar en contacto con grupos transcaucásicos, y en Qaṭṭunan.

La derrota de los benjaminitas en Saggartum, como observó Dossin (1983 [1939]: 154 y ss.), los obliga a abandonar el valle del Éufrates y a buscar su subsistencia en las estepas del Alto País, sin perder la esperanza de recuperar sus ciudades y reinstalarse, lo que parece haber sucedido según un mensaje de Kibri Dagan, gobernador de Terqa. En el Alto País la tribu entra en relación con los reyezuelos del Zalmaqum, región situada en la vecindad de la ciudad de Ĥarran, donde por esta época gozaba de gran favor el culto de la luna, bajo cuya tutela se consolida una alianza para atacar la ciudad de Tuttul, en cuyos alrededores abundaban los benjaminitas que ocupaban las pasturas de la comarca. Estos hechos promueven una nueva intervención del rey de Mari que ordena rechazarlos más allá del río Baliḥ.

Todas estas acciones y movimientos ponen al descubierto el hecho clave para nuestra hipótesis de que, como indicó Kupper (1957: 49), el Éufrates no marcaba el límite del territorio frecuentado por las tribus benjaminitas. Un testimonio proporcionado por A. Parrot (1950) muestra, precisamente, a benjaminitas en los países de Yamḥad, de Qatna y de Amurru, es decir en el circuito occidental

de la media luna fértil, desde Alepo hasta una región situada al sur del Orontes medio, circunstancias que no impiden pensar en una mucho más profunda penetración en Canaán con el objeto de obtener pasturas para sus rebaños, como efectivamente lo hacían en las áreas aludidas más arriba y tampoco en unirse a las correrías de los *habiru* cananeos.

Por lo tanto la mención de los benjaminitas en Génesis no debería resultar sorprendente, y mucho menos una coincidencia casual, como tampoco su asociación con los contingentes de *habiru* ya que hay testimonios de su relación con bandas similares tomando parte en la captura de la ciudad de Iahmumum y el saqueo de Šuruzim, como los muestran cartas remitidas a Zimri-Lim por Itur-Asdu, gobernador de Naḥur (Bottéro, 1954: 19-20; Documentos nº 20, 21 y 22).

La presencia e influencia de estos grupos nómadas inmigrantes sobre el contexto poblacional de la región se ve reforzada, en nuestra opinión, por diversos factores ya advertidos por varios estudiosos tanto en la documentación mariota como en el Antiguo Testamento. Sin desconocer el carácter mítico-legendario de las tradiciones patriarcales sobre Abraham, Jacob, etcétera, consideramos que hay indicios contenidos en éstas de legítimo valor para rescatar las características del proceso generador de la etnocultura hebrea que cristaliza en Canaán.

La presencia de benjaminitas en la región de Ḥarran (Green, 1992: 23-43), mencionada más arriba, por ejemplo, es un dato que merece ser considerado por dos motivos: a) porque el nacimiento de Benjamín, hijo de Jacob (Gn 35:18) –como señala J. Skinner (1994 [1930]: 427)– está ubicado en Mesopotamia, dato nada sorprendente para nosotros, y b) porque según Génesis 11:31 y 12:4 la región está señalada como una de las etapas importantes del itinerario que la tradición atribuye a Abram y su familia, tras la salida de Ur-Kašdim.

A estos dos aspectos se agregan otros elementos de juicio que se asocian a los benjaminitas en Ḥarran como lo vinculado a la alianza celebrada por estos bajo la tutela del culto de la luna. Señala I. Milevski⁵ que el culto lunar probablemente existe, además, en un sinnúmero de ámbitos porque, por ejemplo, hay en Canaán dos importantísimas ciudades que son centros de producción e intercambio en el Bronce Antiguo como Jericó y Beth Yerah, cuyos nombres refieren a la luna: *Yareah* = luna, *Yeriho* = su luna (de El); *Beth Yerah* = la casa de la luna.

5. Comunicación personal, abril de 2010.

Si bien es sabido que el culto lunar era común entre los nómadas, lo que no escapa a nuestra atención es que el nombre del imaginario padre del mítico Abram es *Terah* cuya etimología remite a *Ter*, el dios-luna de esta región (Hess, 1992a: 388; cfr. Dhorme, 1956: 36), lo que hace posible la atribución de esa “familia” a una tribu *binū-yamina* como la de los *Yariḥū* pues, como sostiene L. R. Bailey (1968: 438) no parece haber buenas razones para dudar de la identidad de este nombre con *Yarah*, la denominación semítico-occidental para el dios luna. Tampoco es un dato menor respecto al aporte benjaminita en la etnogénesis hebrea que entre los ficcionales “antepasados” de Abram se cuentan Serug y Nahor que, como señalan varios especialistas (Hess, 1992b: 1117; Dhorme, 1956: 36; Speiser, 1962: 78-80), remiten, en el primer caso a una ciudad de la Mesopotamia o al nombre antiguo de la región siria conocida hoy

como Sarudj, regada por un afluente del Orontes del mismo nombre; y en el segundo caso a la ciudad de Naḥur, donde su gobernador Itur-Asdu advierte sobre la fuerte presencia de *ḥabiru* a Zimri-Lim.

Además en un estudio de A. Malamat (1992: 38 y ss.) se examinan comparativamente un grupo de términos semítico-occidentales y hebreos, contenidos en documentos de Mari y en el Antiguo Testamento, que concurren también a dar fundamento a nuestra hipótesis de que las parcialidades benjaminitas debieron ser los agentes del complejo mestizaje cultural en Canaán, habida cuenta que la documentación mariota antecede en varios siglos a la conjetural constitución de los hebreos como fenómeno etnocultural, recogido y transmitido por la memoria colectiva y por la oralidad. De este análisis seleccionamos dos casos, entre varias decenas, que nos parecen paradigmáticos.

6. Sobre este término véase también Talon (1985a: 277-284).

Gāyum/gā'um⁶ – hebreo gōy

Este término parece identificar una unidad tribal en semítico-occidental (Buccellati, 1997), y el cognado hebreo “pueblo”, con un alcance más limitado. La definición de *gāyum* es un tanto complicada a causa de que las tribus, debido a las continuas incursiones de los reyes de Mari, estuvieron expuestas a las prácticas de la administración real, por lo tanto esta expresión es usada en el contexto de la organización territorial y administrativa. “Este matiz adicional tiene lugar junto a la connotación étnica original, así llega a ser un concepto etno-geográfico, pero de ningún modo puramente geográfico o administrativo. Este modelo de asentamiento fue, por lo general, el producto del vagabundeo corriente” (Malamat, 1992: 38). De allí resulta la connotación étnica gentilicia tanto en los textos de Mari como la correspondiente al término hebreo *gōy* en algunos pasajes del Antiguo Testamento, como Gn 20:4, 14:1, 9, 17:4-5, Dt 4:34, Jc 4:13, 16, 2, Cr 15:6, donde no es imposible entender que se trate de un clan o una tribu.

Ḥibrum/'ibrum – hebreo ḥeber

En Mari este término designa una unidad tribal o clan de carácter específico, siendo *ḥeber* la forma afín en el Antiguo Testamento, donde aparece cuatro veces. Es aplicable a un conjunto de casas (*household*) de nómadas o seminómadas cuya trashumancia en común los conduce a una forma de vida estrechamente vinculada, de allí que el vocablo que las denomina deriva de la raíz *ḥbr* = “unir, estar juntos”. Señala Malamat que el *ḥibrum* está asociado con confederaciones tribales nómadas y remite a un documento de Mari (ARM VIII.II) donde se menciona el *ḥibrum* en el marco de una transferencia de tierras pertenecientes a una familia extensa de la tribu *Rabbû*, estrechamente asociada a los benjaminitas.

Por su parte Buccellati (1997) dice que el *ḥibrum/'ibrum* es la unidad más pequeña para trascender la aldea y funciona como una vecindad no territorial

ampliada, un “clan”. En función de esto el término *‘ābirum* podría ser entendido como “el que se unió al *’ibrum*” aludiendo a un individuo que escapó de una ciudad a un clan y en este sentido sería semánticamente, aunque no morfológicamente, equivalente a la forma gentilicia hebrea *‘ibr-î*. Esta observación merece especial atención de nuestra parte por la nada imposible relación con los *ḥabiru* y el rol de los benjaminitas en Canaán que formulamos en la hipótesis consignada más arriba. Por tanto también compartimos la conclusión de Malamat que destaca que “en vista de su significado literal el nombre personal Heber en las listas genealógicas connotaría un concepto sociológico tribal similar al *ḥibrum* en Mari” (1992: 41).

Cabe señalar que aunque la expresión *ḥeber* en la Biblia Hebraica fue empleada tardíamente en referencia a grupos que no guardaban relación consanguínea sino asociaciones funcionales, como las compañías de sacerdotes en Oseas 6:9, el antiguo concepto de unidad tribal gentilicia usado en Mari puede ser inferido en el Antiguo Testamento en el nombre personal Heber, de Génesis 10:21, donde asume el carácter de un epónimo con la carga simbólica de “casa, unidad” y “familia”. En relación a esta cuestión habría otras importantes consideraciones que formular como la relación entre *ḥeber*, *ibrim* y *ḥabiru* que examina J. Skinner (1994 [1930]) cuyo aporte es de gran relevancia para nuestra hipótesis:

Semita y hebreo son términos convertibles. Es el reconocimiento de la afinidad etnológica de los semitas septentrionales y meridionales [...] *eber* es el epónimo de *ibrim* (hebreos), el nombre por el cual los israelitas son designados como distinción de otros pueblos, hasta la época de Saúl. A primera vista resulta extraño que mientras *ben eber* del versículo 21 incluye a todos los semitas conocidos por J [Documento Yahvista], el gentilicio está históricamente restringido a israelitas. La dificultad quizás es eliminada por la aún discutida, pero ahora ampliamente aceptada, teoría que *Ḥabiri* en las cartas de TA [Tell Amarna] es el equivalente cuneiforme del OT [Antiguo Testamento] *ibrim*. La igualdad no presenta dificultades filológicas: la *ḥ* asiria a menudo representa una ‘*ayin* extranjera [...] Las objeciones históricas desaparecen si los *Ḥabiri* son identificados no con los invasores israelitas después del Éxodo, sino con una antigua inmigración de nómadas semíticos en Palestina, en medio de los cuales estaban incluidos los antepasados de Israel [...] Hay así una fuerte probabilidad que *ibrim* fuera originalmente el nombre de un grupo de tribus que invadió Palestina en el s. XV a.C., y que posteriormente fue aplicado a los israelitas como los únicos sobrevivientes históricos de los inmigrantes. Etimológicamente la palabra ha sido habitualmente interpretada como ‘aquéllos de más allá del río’ (cfr. *eber hanajar*, Jos 24:21); y se supone que el río no es ciertamente el Tigris y casi con seguridad no es el Jordán sino, en concordancia con la tradición predominante el *najar* del OT es el Éufrates, más allá del cual está *Ḥarran*, la ciudad de donde salió Abraham (1994 [1930]: 217-218).

Nos cabe destacar que las reflexiones de Skinner tienen el mérito de ser una anticipación –prácticamente silenciada por omisión por los especialistas bíblicos– sobre el rol de los semitas occidentales en Canaán considerando que su obra data de 1930, antecediendo el descubrimiento arqueológico de Mari (Tell Hariri) por Parrot que tuvo lugar en 1933.

Yawi/Yahweh, una belicosa deidad semítico-occidental en Canaán

La diversidad etnocultural que se manifiesta en Canaán se verá, además, ampliada por dos importantes estudios de Finet (1978; 1993) sobre el dios de los hebreos que ponen de manifiesto el origen semítico occidental de Yahweh. Finet, analizando la presencia de los amorritas en el Próximo Oriente y especialmente en Mari señala que no hay duda que las peregrinaciones del presunto “clan de Abraham” se inscriben entre las tribulaciones de aquéllos; las “migraciones de los patriarcas” están en relación directa con el movimiento de los amorritas, y éstos son del mismo origen que aquéllos. Asimismo, dice Finet, los amorritas del s. XVIII a.C. traen con ellos a Rasap, Malik, Attar, Nasi, Yahweh y otras divinidades generando un rico panteón que en vez de diversificarse promueve la asociación de una con otras testimoniando el sincretismo de la religión amorrita y su tendencia a la monolatría. Este sincretismo se manifiesta en la onomástica de Mari en casos como *Yahwi-ki-Addu* “Yahweh es como Adad”, lo que pone de manifiesto la existencia de Yahweh como nombre divino en Mari, por tanto mucho antes que su supuesta exclusividad hebrea. La presencia de Yahweh en Mari, destaca Finet, no se limita a una aparición excepcional sino que se lo encuentra varias veces en los ARM: *Yahwi-Dagan* (XXIV, 247: II, 17), *Yahwi-El* (XXIV, 8, 2; 164, 4), *Yahwi-Erah* (XXIV 32, 9; 258, 3), *Yahwi-Ašar* (XXIV, 13, 6; 272, 4). También se encuentran casos similares en nombres de reyezuelos de esta época (Finet, 1964).

Los elementos de juicio aportados más arriba parecen confirmar nuestra hipótesis de que la multiculturalidad de los hebreos históricos, conformada en un proceso social entre las edades del Bronce Tardío y el Hierro puede ser explicada y mejor comprendida en función de los dos momentos migratorios de los semitas occidentales que se ejercen sobre un sustrato preexistente de población indígena y transcaucásica (hurrita), quizás ya integrada en el marco de la primera urbanización del Bronce Antiguo II-III. Precisamente, en una mesa redonda en 1998, celebrada en París, sobre las tradiciones amorritas y la Biblia, J.-M. Durand señalaba que “la empresa de comparar los fragmentos de los ‘Orígenes bíblicos’ con una documentación mucho más antigua puede ser legítima. Hay realmente un *hilo rojo* que conduce de la civilización amorrita a estos recuerdos de edad hebrea” (1998: 38).

Sabemos por evidencia textual sumeria y acadia que la primera expansión de los semitas occidentales entre el 2300 y el 2000 a.C. fue hacia Mesopotamia, cuya presencia, bajo la denominación MAR.TU, ha sido bien atestiguada en Ur III por Buccellati (1966). Pero este movimiento de población nómada también se habría extendido hacia Canaán, como lo probaría la evidencia arqueológica a través de la abrupta declinación de la vida urbana en el Bronce Antiguo IV, aunque hoy sabemos que esta no fue la única causa sino que también concurren a ello causas endógenas (Dever, 1995: 282-296). Por tanto a esta primera etapa correspondería el aporte de las divinidades del desierto Attar, Attirat (Gray, 1949: 72-83) así como la asimilación de la deidad El mediante la ecuación Bel Šade = El Šadday (Abel, 1973: 48-59), según parecen atestiguarlo los textos mitológicos de Ugarit. A este momento correspondería

también atribuir el recuerdo recogido en las leyendas patriarcales conservadas en Génesis sobre Abraham, Isaac y Jacob, y sus relaciones con el culto lunar.

Hacia el período comprendido entre el 1900-1800 a. C. se habría producido el segundo gran movimiento de los amorritas que parece cualitativamente diferente a la primera etapa dado su carácter preponderante de agricultores y habitantes urbanos reflejado en la conquista e instauración de una dinastía semítica occidental en Mari que extiende su poder en la región a juzgar por los testimonios de la onomástica, como sería el caso de los gobernantes de Hazor. Esta nueva expansión amorrita, según una vieja pero, a nuestro juicio, todavía valiosa hipótesis de K. Kenyon (1971), se habría originado en el área de Biblos, en Siria, y en una región conocida entonces como *Kinahna* desde donde se extendió a lo largo de la costa de Siria y en el interior de Palestina, eventualmente desde Ugarit, en el norte, al Néguev, en el sur. La onomástica de los reyezuelos y funcionarios de Canaán conservada en las cartas de El Amarna podría constituir una buena prueba de la legitimidad de esta reconstrucción.

La nueva orientación política de la dinastía *benū-sim'al* de Mari, en torno al control de los grupos tribales todavía nómadas, sería, en nuestra opinión –tras la derrota de Saggartum– el factor determinante de la dispersión de las parcialidades de los belicosos *binū-yamina*, que así habrían hecho su entrada en Canaán para sumarse a otros grupos nómadas posiblemente ya unificados en bandas de *habiru*. Se puede suponer que junto con su irrupción estos llevaron consigo, entre sus dioses, a la deidad Yahweh con sus atributos de dios guerrero que ocupará con el tiempo la posición principal del panteón, lo que explicaría su condición suprema y única configurada en el Antiguo Testamento.

A modo de conclusión

Si se tiene en cuenta el *hilo rojo* conector entre los documentos de Mari y los recuerdos bíblicos, del que habla Durand, esta reconstrucción de la multiculturalidad que dará origen a los hebreos históricos no sería tan conjetural. Más aún, pensamos que, de modo fragmentario y deformado por los tardíos editores, ella está conservada en el Antiguo Testamento, como podría percibirse en Dt 32:8-9 donde El Elyon, en su función de padre de Yahweh, en medio de los dioses (los *elim*) le otorga Canaán por heredad confirmando metafóricamente las etapas del desarrollo histórico real. De tal forma también se comprende la alegoría de la ultimogenitura de Benjamín porque esta es la figura epónima de la última oleada semítica occidental. Todo está allí, sólo es necesario ser capaz de saber verlo.

Por último, comparto con Finet que:

[...] estas reflexiones no tienen otro objeto que incitar a pensar. Es evidente que el estudio filológico de los documentos de Mari, con grandes dificultades de vocabulario, numerosos giros sintácticos o singularidades gramaticales, se aclaran cuando se refieren a la lengua del Antiguo Testamento. ¿Por qué no relacionar

igualmente los nombres de los pueblos o de las divinidades atestiguados por una y otra parte? ¿Los *ḥabiru* no tienen verdaderamente nada de común con esos nómadas que serán luego los hebreos? ¿Los “hijos de la derecha” de Mari, turbulentos y saqueadores, son distintos de los Benjaminitas de la Biblia? El dios *Ya(h)wi*, *Ya* o *Ya-il*, atestiguado en la onomástica de Mari [...] ¿no puede tener alguna relación con el dios de los israelitas, porque los archivos de Mari son anteriores a Moisés? Para tantas coincidencias fortuitas, ¿vanas homonimias? (1978: 77-78).

Bibliografía

- » Abel, E. L. 1973. The Nature of the Patriarchal God “El Šadday”, en: *Numen* 20, 48-59.
- » Bailey, L.R. 1968. Israelite El Šadday and Amorite Bel Šade, en: *Journal of Biblical Literature* 87, 434-438.
- » Bottéro, J. 1954. *Le problème des ḥabiru à la 4e Rencontre Assyriologique Internationale* (Cahiers de la Société Asiatique XII), Paris, Imprimerie nationale.
- » Buccellati, G. 1966. *The Amorites of the Ur III Period*, Naples, Istituto Orientale di Napoli.
- » Buccellati, G. 1997. Amorites, en: Meyers, E. (ed.), *The Oxford Encyclopedia of Archaeology in the Near East*, vol. 1, Oxford, Oxford University Press, 107-111.
- » de Vaux, R. 1946. Les patriarches hébreux et les découvertes modernes, en: *Revue Biblique* 53, 321-348.
- » Dever, W. G. 1995. Social Structure in the Early Bronze Age IV Period in Palestine, en: Levy, T. E. (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land*, London, Leicester University Press, 282-296.
- » Dhorme, E. 1956. *La Bible*, Tome 1, Paris, Gallimard.
- » Dossin G. 1983 [1939]. Benjaminites dans les textes de Mari, en : Finet, A. (ed.), *Recueil Georges Dossin*, Leuven, Peeters, 150-165.
- » Durand, J.-M. 1998. Realités amorites et traditions bibliques, en: *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale* 92, 3-39.
- » Finet, A. 1964. lawi-Ilâ, roi de Talhayûm, en: *Syria* 41, 117-142.
- » Finet, A. 1978. Réflexions sur l'ononastique de Mari et le Dieu des Hébreux, en: Destrée, A. (ed.), *Mélanges Armand Abel*, vol. 3, Leiden, Brill, 64-78.
- » Finet, A. 1993. Yahvé au Royaume de Mari, en: *Res Orientalia* 5, 15-22.
- » Gandulla, B. 2005. *Los hebreos en el Gran Canaán, del Bronce Antiguo al Bronce Tardío*, Buenos Aires, Canaán.
- » Gandulla, B. 2007. La cerámica Khirbet Kerak (Beth Yerah, Israel) y la etnicidad: un enfoque alternativo, en: *Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre* 27, 165-180.
- » Gray, J. 1949. The Desert God Attr in the Literature and Religion of Canaan, en: *Journal of Near Eastern Studies* 8, 72-83.
- » Green, T.M. 1992. *The City of the Moon God. Religious Traditions of Harran*, Leiden, Brill.
- » Hess, R.S. 1992a. Terah (Person), en: Freedman, D. N. (ed.), *The Anchor Bible Dictionary*, Vol. 6, Garden City (NY), Doubleday, 387-388.
- » Hess, R.S. 1992b. Serug, en: Freedman, D. N. (ed.), *The Anchor Bible Dictionary*, Vol. 5, Garden City (NY), Doubleday, 1117-1118.
- » Ilan, D. 1995. The Dawn of Internationalism – The Middle Bronze Age, en: Levy, T.E. (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land*, London, Leicester University Press, 297-319.

- » Jean, C. 1939. *Révue des études sémitiques*, Paris, Paul Geuthner.
- » Kenyon, K. 1971. *Archaeology in the Holy Land*, London, Ernest Benn Limited.
- » Kupper, J.-R. 1957. *Les nomades en Mésopotamie au temps des rois de Mari*, Paris, Belles Lettres.
- » Malamat, A. 1992. *Mari and the Early Israelite Experience*, Oxford, Oxford University Press.
- » Noth, M. 1954. *Histoire d'Israel*, Paris, Payot.
- » Parrot, A. 1950. Les tablettes de Mari et l'Ancien Testament, en: *Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuses* 30, 1-11.
- » Pohl, A. 1939. Miszellen, en: *Biblica* 20, 200-201.
- » Schunk, K. D. 1992. Benjamin, en: Freedman, D. N. (ed.), *The Anchor Bible Dictionary*, Vol. 2, Garden City (NY), Doubleday, 929-932.
- » Skinner, J. 1994 [1930]. *A Critical and Exegetical Commentary on Genesis*, Edinburgh, T&T Clark.
- » Smith, P. 1995. People of the Holy Land from Prehistory to Recent Past, en: Levy, T.E. (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land*, London, Leicester University Press, 58-74.
- » Speiser, E. A. 1962. *Genesis*, Garden City (NY), Doubleday.
- » Talon, P. 1985a. Quelques réflexions sur les clans hanéens, en: Durand, J.-M. y Kupper, J.-R. (ed.), *Miscellanea Babylonica. Mélanges offerts à Maurice Birot*, Paris, Éditions Recherche sur les Civilisations, 277-284.
- » Talon, P. 1985b. *Textes administratifs des salles Y et Z du palais de Mari*. *Archives Royales de Mari XXIV*, Paris, Éditions Recherche sur les Civilisations.
- » Whiting, R.M. 2000. Amorite Tribes and Nations of Second Millennium Western Asia, en: Sasson, J. M. (ed.), *Civilizations of Ancient Near East*, vol. 2, New York, Charles Scribner's Sons, 1231-1242.